

José Luis Castillo Puche, novelista

José Luis Castillo Puche, con su cartera repleta de papelotes, baja de todos los trenes y de todos los aviones, entra y sale en todos los cafés y va de un lado para otro tomando notas rápidas y leyendo los periódicos con la tinta todavía fresca.

Este yeclano melancólico, lleno de inquietudes literarias, se presenta en el café con un ejemplar de su novela "Con la muerte al hombro", recientemente editada por Biblioteca Nueva.

Conversamos con Castillo Puche, como siempre, de literatura.

—Se ha opinado, querido José Luis, que nuestra generación es mucho más respetuosa que las anteriores.

—Nosotros no creemos en nosotros mismos y fiamos mucho en los valores consagrados —porque es necesario tenerlos delante como ídolos—; por dentro mantenemos una actitud de vigilancia crítica y casi de desafío, pero salvando siempre las apariencias de la más exquisita cortesía.

Castillo Puche habla moviendo mucho las manos, como si estuviese modelando en barro sus propias ideas.

—Entonces, ¿tú crees positivamente en una vanidad del escritor que antes no existía?

—Hombre, verás. Esta urbanidad del escritor con figuras que en el fondo sabe que tiene que ignorar y que no le interesan, es producto de la necesidad de convivencia que... ¡pche! por una especie de solidaridad burocrática se ha creado en nuestro mundo. Por eso, lo que más se oye es alabar obras y nombres, que lo mismo el que los ensalza que el que escucha sabe que son valores de circunstancias.

Le digo a Castillo Puche que nuestra generación, quizá, sea un poco impertinente cuando escribe.

—Todo escritor empieza dando notas altas, en cuanto a impertinencia, incorrección, inoportunidad y descaro, pero yo creo que la habilidad y el talento del escritor está en que la impertinencia y la conducta disparatada con las cosas que trata, de obra en obra, cambia totalmente de enfoque, con lo cual da una idea de que la literatura sirve para que el escritor refrene el propio concepto de las cosas.

—El instinto de conservación, sin duda.

—Eso es: el instinto de conservación le hace al escritor ser templado y ecuaníme. Este momento coincide con que, a lo mejor, es académico, o que tiene más holgura económica y no quiere líos.

Es verdaderamente confortable para uno encontrarse con un escritor joven que se muestre interesado por las cuestiones literarias, cuando hay ya, vergonzosamente, tantos otros que hacen en la alarde absurdo de estar al margen de toda corriente, convencidos de que no lo necesitan.

—Esta tu primera novela, ¿es autobiográfica?

—Toda novela tiene que estar vivida por el autor. A fin de cuentas es un filtro de lo que uno ha vivido o de lo que ha soñado vivir. Muchas veces es un espejo o programa de las infinitas posibilidades de vida que él se imagina como vidas propias, como vidas suyas. En toda obra literaria hay siempre una conse-



cial, sino la política de nuestro tiempo.

—¿No tienes miedo ir a Yecla?

—No, no. La Yecla geográfica tiene para mí todos los respetos y toda la veneración, pero elevada a símbolo literario, ya es un filtro portentoso para decantar una serie de verdades de la máxima trascendencia para entender y comprender España.

Y aquí ponemos punto final a la entrevista con Castillo Puche, quedándonos en el café un rato todavía, pero guardándonos muy bien de decir, como los entrevistadores pedestres, que salimos a la calle pensando..., y que la lluvia... y las luces encendidas, y etcétera, etc.

Marino GOMEZ-SANTOS.

cuencia en el que interviene todo un mundo mágico.

Le preguntamos a Castillo Puche por sus novelistas preferidos.

—Yo tengo deseo de leerlos a todos y de conocerlos a todos, pero los que realmente me interesen y me preocupen y me perturban, esos son muy limitados. Se circunscriben a dos o tres.

—¿Y qué escritor crees que ha podido influir en ti?

—A mí me parece que por la vena patética, los escritores rusos, y por la vena irónica, quizá Kofka y ciertos escritores italianos. De los españoles pesa sobre mí la nostalgia de un Miró que conocí de chico y de un Azorín que me dice "querido Puche" y me parece estar oyendo personajes célebres. Por vía del antagonismo, del afecto y de la irritación, don Pio Baroja, que me parece excepcional.

Le preguntamos a Castillo Puche que qué opinaría él en una autocritica de su novela "Con la muerte al hombro".

—Pues verás. Esta novela que acabo de publicar tiene el inconveniente, creo yo, de que el lector poco avezado me tome por un ser negro, áspero y punzante, es decir, que quiere hacer la vida desagradable a toda costa. Las personas de más juicio y responsabilidad yo creo que van a ver ahí una gran zona abierta a la sinceridad, a la ternura e incluso a la poesía que lleva todo hombre dentro, hasta el punto de que esta muerte que pesa sobre mí tanto como el lector, se hace querida y entrañable.

Se ha dicho ya en algún sitio, pero de un modo nada más que superficial, algo sobre Hécula, lugar en que pasa la novela. Parece ser que Castillo Puche ha querido retratar a Yecla.

—No puedo negar mi parentesco con Yecla, pero quien sitúe y le aplique a Yecla todo el clima duro y terrible del relato, yerra, o de buena fe, o de mala, porque por encima de la Yecla real e histórica hay otra Yecla de pesadilla y de alucinación que yo he creído crear. Y conste que no con un placer morboso, sino sabiendo que mi Hécula es una síntesis de innumerables pueblos españoles que están al alcance de cualquiera.

—¿En qué diferencia de la Yecla de Azorín?

—La de Azorín es más sociológica y discursiva. Es un poco cortesiana. Mi Yecla es un estado morboso y típico para reflejar, no sólo la angustia existen-

"Pueblo"

25. Mayo. 1954